

Tiempo de caballeros andantes

Joaquín M^a Córdoba

Arbor CLXXX, 711-712 (Marzo-Abril 2005), 619-625 pp.

Entre los últimos años del siglo XVI y los primeros del XVII, aquel mundo sin límites de los navegantes y aventureros renacentistas comenzaba ya a cerrarse, pues las mismas potencias que antes los habían abierto precisaban ahora defenderlos. No obstante, hasta los inicios de la Guerra de los Treinta Años (1618), España y el Imperio por un lado y Francia e Inglaterra por otro vivirían un periodo de relativa paz. Por encima de rivalidades y controversias religiosas, la sociedad europea compartía similares valores sociales y caballerescos, que una novela iba a poner de relieve. En 1605, la publicación en Madrid de la primera parte de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* tuvo un éxito rotundo. Miles de ejemplares de la primera edición se enviaron a América, y ese mismo año se hizo una segunda tirada oficial y dos furtivas en Lisboa y Valencia. Rápidamente se editaría también en Bruselas (1607) y comenzarían las traducciones, publicándose pronto la inglesa en Londres (1612), la francesa en París (1614), y la italiana en Venecia (1622), luego seguidas por las versiones alemana y holandesa¹. Sátira de las de caballería y divertido entretenimiento, la novela de Cervantes era también espejo de valores caballerescos, asumibles por una buena parte de la sociedad europea. Y así se leyó y difundió por un mundo que parecía ya bastante organizado, dividido y cartografiado, incluso documentado en imágenes. La magna obra de los alemanes Georg Braun y Frans Hogenberg (1572-1618) *Civitates Orbis Terrarum*, acercaba a los curiosos vistas y planos de ciudades de todo el planeta, desde Cádiz a París, Constantinopla o Goa, en láminas plenas de color y realismo². Y así, como caballeros andantes, los viajeros del siglo XVII fueron en pos de aventuras por un mundo cada vez mejor definido en mapas, tratados y fronteras. Pero aún reduciéndose poco a poco lo desconocido, peligros sin cuento seguirían acechando el paso de los viajeros europeos a Oriente, entre los que rescatamos la me-

moria de tres peninsulares sin igual, que partieron un día siguiendo su destino: el comerciante Pedro Teixeira, el embajador Don García de Silva y el religioso Pedro Cubero Sebastián.

Y es que durante los primeros años de aquel siglo, el Mediterráneo y Europa permanecían divididos por el peligro otomano. La vida y aventuras del capitán Alonso de Contreras es buen ejemplo del arrojo y la audacia necesarias en aquella mar, y su *Derrotero Universal del Mediterráneo*, testimonio asombroso de su valerosa navegación por el corazón del turco³. Los peregrinos podían seguir yendo a los Santos Lugares, pero los abusos de la administración otomana eran frecuentes, y hasta 1606 -año en el que el emperador Rodolfo II y el sultán Ahmed I firmaron un convenio-, la Sublime Puerta ni siquiera aceptó las prácticas internacionales de la diplomacia⁴. Por eso, no es raro que muchos viajeros a Oriente intentaran eludir el tránsito por el Imperio Turco, ni tampoco que el Irán de los safavíes se convirtiera en destino obligado de muchos aventureros de entonces. Pero el nuevo siglo supuso también otros cambios. La monumental antología de textos de viajeros europeos a Oriente entre los siglos XII y XVIII, publicada por Antonio Invernizzi⁵, con su mero listado nos permite percibir junto al inusitado crecimiento en la frecuencia del viaje, reflejos de la historia del momento. En efecto, si consideramos los orígenes de los viajeros del siglo XVII, además de los nativos de países antes presentes en Oriente, aparecen entonces algunos holandeses y una enorme cantidad de franceses. Veintiuno de éstos sobre nueve italianos y menos aún de las restantes naciones suponen todo un síntoma. Y es que en realidad, la lista revela el empuje de Francia y el declive del Imperio español que, de todas formas, seguía teniendo sus miras puestas sobre todo en América y Oceanía, como los asombrosos viajes de Quirós pondrían de relieve⁶.

Los viajes a Oriente en el XVII comienzan casi con el portugués Pedro Teixeira, que como súbdito de Felipe III estuvo en la India, Filipinas y América. Vuelto a Goa en 1603, decidió retornar a Europa por el Golfo Pérsico y Mesopotamia hasta alcanzar Venecia en 1605. Sus recuerdos de viaje serían escritos por él mismo en español, y publicados en Amberes en 1610. Y no es extraño que así lo hiciera, porque él mismo hablaba de España como «nuestra». Otro Pedro Teixeira, cartógrafo de Felipe III, sería el célebre autor de un popular plano de Madrid y de un magnífico atlas de España, cuyas láminas acaban de ser reencontradas en Viena⁷. Pero volviendo a Oriente, el Irán de entonces y sus magníficas ruinas iban a convertirse en tema central de la literatura de viajes del XVII, distinguiéndose entre todas la obra de dos de los más grandes viajeros de to-

das las épocas, el español Don García de Silva y Figueroa y el italiano Pietro della Valle.

El poderío del *sha* Abbás el Grande (1586-1626), único rival de los turcos en Oriente y aliado posible de las potencias europeas, indujo a Felipe III el envío de una misión encabezada por Don García de Silva y Figueroa, que salió de Lisboa el 8 de abril de 1614 y arribó a Goa siete meses después, aunque hasta junio de 1617 no llegaría a ver al *sha*. Don García murió en su viaje de vuelta a España en 1624, por lo que el largo manuscrito que había ido redactando a lo largo de los años quedó olvidado. Recogía en él la descripción de su viaje y muchos datos de interés, como su identificación del lugar de Chilminara con Persépolis, o la suposición de que los signos cuneiformes habían sido la escritura propia de los persas antiguos. Y ni siquiera la tardía e incompleta publicación de su manuscrito en francés (!) en 1667, le reportaría una fama merecida.

Olvidado el español, los autores suelen atribuir en exclusiva al noble romano, Pietro della Valle, el redescubrimiento de Persépolis y de los signos cuneiformes como escritura. Magnífico viajero y escritor, no por ello debemos olvidar la primacía del español y la altísima calidad de su obra. Pietro della Valle peregrinó a Tierra Santa en 1614. Decidido luego a proseguir su aventura, viajó por Siria y Mesopotamia y marchó después a Irán, alcanzando Isfahán en febrero de 1617. Residió allí varios años, haciendo vida en la corte y la colonia europea. Visitó el reino y escribió sus impresiones en cartas, que mandaba a su amigo Mario Schipano, al tiempo que redactaba un diario lleno de croquis y sencillos planos de las ruinas visitadas. A su vuelta a Italia, della Valle reunió sus epístolas y las publicó en cuatro volúmenes que hicieron su fama⁸. Libro y diario manifiestan las sorprendentes cualidades del noble romano, verdadero antepasado de la arqueología de Oriente. Visitó y describió lugares tales como Babilonia, Ctesifonte, Seleucia, Ujaidir, Ur, Persépolis y Naqs-i Rostam⁹, aportando interesantísimos datos sobre las ciudades antiguas y sus monumentos, que proporcionan hoy una verdadera mina a los estudiosos del redescubrimiento de Oriente¹⁰.

Cuando en 1626 Pietro della Valle volvió a Roma, Europa ardía ya en la feroz Guerra de los Treinta Años, que acabaría cambiando las hegemónicas de la época¹¹. Involucrada en varios frentes, España se veía por fuerza volcada en la lucha¹², pero las crisis de subsistencia, las derrotas y las rebeliones no destruyeron nuestro amor a la vida. Y como ocurriera durante el anterior siglo y aún después, las escenas de los corrales de comedias y los teatros nobiliarios siguieron acercando a la gente con la riquísima producción de comedias de capa y espada, historia, mitología y

autos sacramentales, el sabor legendario de las remotas tierras de Oriente. Un Oriente que para el español medio seguía siendo el de los turcos, el de los relatos bíblicos y clásicos a través de la reina Semíramis o Nabucodonosor, que en obras como *Los baños de Argel* (1614) de Cervantes, *La gran Zenobia* (1625), la *Cena del rey Baltasar* (1635) o *La Hija del Aire* (1642) de Calderón, y en otras muchas de distintos autores¹³, brillaba asombroso y rutilante. Y así, pueblo y aristocracia entraban en los paisajes y leyendas de Oriente, transmitidos con la magia y el color de aquella fiesta y pasión que era el teatro, y que la literatura de viajes no podía recrear. Pero las cosas del reino iban mal, y cuando se firmó la paz de Westfalia, Diego Saavedra Fajardo sabía que la condición española en Europa se había modificado substancialmente¹⁴. La iniciativa ahora partía de Francia, con una vitalidad que alcanzaba el arte, las letras, las armas e incluso el número y naturaleza de los viajes a Oriente. Y así vemos que en la numerosa serie de viajeros franceses de la segunda mitad del XVII, destacarán dos de los mejores del siglo, Jean-Baptiste Tavernier y Jean Chardin, cuyos pasos habían de cruzarse con otros dos viajeros de excepción, el español Pedro Cubero Sebastián y el alemán Engelbert Kämpfer.

Uno de los más inquietos viajeros de todos los tiempos fue Jean Tavernier, que entre 1632 y 1668 emprendió hasta seis grandes viajes, movido por su negocio de diamantes. Conoció bien Siria, Mesopotamia, Armenia, Irán y la India, y publicó sus recuerdos en París, en 1676, con el atractivo título de *Les six voyages de Jean Baptiste Tavernier, Ecuyer Baron d'Aubonne, qu'il a fait en Turquie, en Perse, et aux Indes, Pendant l'espace de quarante ans*. Pero en tantas y tan diversas rutas resultó siempre más atraído por la economía y las costumbres que por la Antigüedad o las ruinas¹⁵, mostrando además un sentimiento antes extraño a los europeos: el de una cierta superioridad sobre los orientales. Su compatriota Jean Chardin, que también comerciaba con diamantes, parece ajeno a tal presunción. Tras sus largos viajes (1664-1670 y 1671-1677) redactó un *Journal du Chevalier Chardin en Perse et aux Indes Orientales par la Mer Noire & la Colchide* (Londres, 1686), aunque la fama vendría algo después, tras la publicación del relato completo en Amsterdam en 1711. Con todo, sus profundos conocimientos sobre el Irán safaví destacaron desde el principio entre toda la literatura de viajes, y su descripción de las ruinas de Persépolis se haría famosa¹⁶. Menos denso, pero mucho más vivaz y espontáneo se mostraría el tercer gran viajero español del siglo, Pedro Cubero Sebastián, que en 1672 desembarcó en la costa persa del Caspio, pasando luego por Ardebil, Qazvin, Isfahán, Shiraz y

Bandar Abbás, atento a las gentes, las ciudades y los caminos, pues las ruinas de «Cehilminar» y las de Pasargada apenas si le inspiraron un breve comentario. Más tarde, tras cruzar el Pacífico, América y el Atlántico recalaría en Cádiz en 1679. Su titánica aventura, publicada en 1680, se vería honrada con un soneto de Calderón.

Acababa el siglo cuando por los mismos caminos antes seguidos por Pedro Cubero, entre 1683 y 1694 marchó el viajero alemán Engelbert Kämpfer. Secretario de una embajada de Suecia, la dejó para viajar por el país, enrolándose luego en Bandar Abbás como médico de una flota holandesa. Vivió y viajó por la India, Ceylán, Siam, Java y Japón, volviendo a Europa en 1694. El relato de sus viajes y los dibujos que hizo de monumentos y ruinas quedaría en manuscrito, aunque los comentarios a sus copias de inscripciones cuneiformes introdujeron por vez primera el concepto «*cuneatae*»¹⁷.

Por los años en que Kämpfer vivía su aventura, nuevos sentimientos empezaban a desarrollarse en Europa y Oriente Próximo. La reanudación de la expansión turca fracasó ante Viena (1683), perdiendo luego Buda y sufriendo derrotas tremendas que llevarían a la Paz de Karlowitz de 1699¹⁸. El entusiasmo de los vencedores estaba justificado; en manifiesta retirada, Turquía nunca más volvería a ser la potencia del pasado, pues desde el punto de vista militar, los otomanos acababan de mostrar una absoluta incapacidad de innovación¹⁹. El mismo Oriente se alejaba así tras nuevas fronteras, revelándose además débil, inerme y abierto.

Notas

¹ Véase la introducción de Martín de Riquer a su edición de CERVANTES, M. de (1980): *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, edición, introducción y notas de Martín de Riquer. Editorial Planeta, S. A., Barcelona, pp. XXVI-XXVIII.

² ALLEN, Ph. (1993) : *Summa Atlas. El mundo visto por los cartógrafos (1482-1897)*. Salvat Ediciones Generales, S. A., Barcelona, pp.40-47.

³ Como es bien sabido, el capitán Alonso de Contreras mereció la estima y los elogios de Lope de Vega, que le dedicó su comedia *El rey sin reino*: véase Díez-Echarri, E. y Roca Franquesa, J. M^a (1972): *Historia de la literatura española e hispanoamericana*, Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid, p. 598. Sobre el mismo y su obra, Contreras, A. de (1983) : *Discurso de mi vida*. Introducción y notas de H. Ettinghausen. Editorial Bruguera, Madrid, y también Contreras, A. de (1996): *Derrotero Universal del Mediterráneo*. Manuscrito del siglo XVII. Estudio preliminar de I. Fernández Vial. Editorial Algazara, S. L., Málaga.

⁴ JONES, J. R. (ed.) (1998): *Viajeros españoles a Tierra Santa (siglos XVI y XVII)*. Miraguano, S. A., Ediciones, Madrid, pp. 84-85.

⁵ INVERNIZZI, A. (ed.) (2005) : *Il Genio vagante. Babilonia, Ctesifonte, Persepoli in racconti di viaggio e testimonianze dei secoli XII-XVIII*. Edizioni dell'Orso, Alessandria.

⁶ LANDIN CARRASCO, A. (1992) : «Los hallazgos españoles en el Pacífico», *Revista Española del Pacífico*, 2, pp.13-35. Vid. pp. 31-33. Y también, BAERT, A. (1994): «Las condiciones prácticas de los viajes de Mendaña y Quirós a Oceanía», *Revista Española del Pacífico*, 4, pp. 23-50.

⁷ Se trata de un hallazgo excepcional, del que se ha hecho recientemente una magnífica edición a cargo de PEREDA, F. Y MARÍAS, Fdo. (eds.) (2003): *El Atlas del Rey Planeta. La «descripción de España y de las costas y puertos de sus reinos» de Pedro Teixeira (1634)*. Editorial Nerea, S. A., San Sebastián.

⁸ Resulta hoy llamativo –no tanto en la época– el título y subtítulos que puso a su obra: *Viaggi di Pietro della Valle il Pellegrino Con minuto ragguaglio Di tutte le cose notabili osservate in essi*, Descritti da lui medesimo in 54. Lettere familiari, Da diuersi luoghi della intrapresa peregrinatione, *Mandate in Napoli All'erudito, e fra' più cari, di molti anni suo Amico Mario Schipano, Diuisi in tre parti, cioè La Tvrchia, La Persia, e l'India, Le quali hauran per Aggiunta, Se Dio gli darà vita, la quarta Parte, Che conterrà le figure di molte cose memorabili, Sparse per tutta l'Opera, e la loro esplicatione*, Roma, MDCL –MDCLXII, 4 volúmenes en 4°. Él sólo pudo ver publicado el primer volumen dedicado a Turquía, los dos siguientes relativos a Persia se publicarían en 1658, tras su muerte (1652), y el último que versa sobre la India, bastante después.

⁹ INVERNIZZI, A. (ed.) (2001): *Pietro della Valle. In viaggio per l'Oriente. Le mummie, Babilonia, Persepoli*. Edizioni dell'Orso, Alessandria. También INVERNIZZI, A. (ed.) (2005): op. cit., pp. 193-204.

¹⁰ Son especialmente significativos los trabajos publicados por Antonio Invernizzi sobre Babilonia y Ur. Así, INVERNIZZI, A. (2000) : «Discovering Babylon with Pietro della Valle», en MATTHIAE, P., ENEA, A., Peyronel, L., PINNOCK, F. (eds.) *Proceedings of the First International Congress on the Archaeology of the Ancient Near East*, Università degli Studi di Roma La Sapienza, Roma, pp. 643-649. INVERNIZZI, A. (2001): «La découverte d'Ur par Pietro della Valle», en BRENIQUET, C. y KEPINKI, Ch. (eds.) *Études mésopotamiens*. Éditions Recherche sur les Civilisations, Paris, pp. 243-248.

¹¹ Es bien conocido que la historia de la guerra se divide en cuatro periodos: palatino, danés, sueco y francés. España y el Imperio supieron mantenerse razonablemente bien en los tres primeros, pero desde 1637, ya entrado el último, las cosas se pondrían en su contra hasta precipitar el desastre. Véase PARKER, G. (1981): *Europa en crisis, 1598-1648. Siglo XXI de España Editores*, S. A., Madrid. Y también PARKER, G. (1987) : *The Thirty Years' War*. Routledge & Kegan Paul, London and New York.

¹² Especialmente sobre los dramáticos efectos del enorme esfuerzo empeñado, véase STRADLING, R. A. (1989): *Felipe IV y el gobierno de España, 1621-1665*. Ediciones Cátedra, S. A., Madrid, pp. 195-299.

¹³ HUERTA CALVO, J. (2003): *Historia del Teatro Español. Vol. I. De la Edad Media a los Siglos de Oro*. Editorial Gredos, S. A., Madrid.

¹⁴ FRAGA IRIBARNE, M. (1956): *Don Diego Saavedra Fajardo y la diplomacia de su época*. Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.

¹⁵ Una edición moderna de los volúmenes de Tavernier es la de YERASIMOS, S. (ed.) (1981): *Jean Baptiste Tavernier. Les Six Voyages de Turquie et de Perse*. Éditions François Maspero, Paris, dos volúmenes.

¹⁶ Es bien sabido que Jean Chardin reiteraba conocer mejor Isfahán que Londres, y que hablaba el persa con tanta soltura como el francés o el inglés. Desde luego, sus libros alcanzarían gran éxito entre los intelectuales europeos del siglo XVIII, que encontrarían en sus páginas una riquísima información sobre el Irán safaví. Para una edición relati-

vamente reciente de su libros puede consultarse la de YERASIMOS, S. (ed.) (1983): Jean Chardin. Voyage de Paris à Ispahan. Éditions François Maspero, Paris, dos volúmenes.

¹⁷ SIEVERNICH, G. y BUDDE, H. (eds.) (1989): Europa und der Orient. Bertelsmann Lexikon Verlag, Berlin, p. 496. Sobre sus comentarios y dibujos en Persépolis y Naqs-i Rústam, véase WIESEHÖFER, J. (1991): «Engelbert Kaempfer, und die achaimenidischen Stätten von Naqs-i Rústam und Persepolis», en SANCISI-WEERDENBURG, H. y DRIJVERS, J. W. (eds.): Through Travellers' Eyes. European Travellers on the Iranian Monuments. Nederlands Instituut Voor het Nabije Oosten, Leiden, pp. 71-87. Y naturalmente, INVERNIZI, A. (ed.) (2005) : op. cit., pp. 364-377.

¹⁸ CSORBA, Cs., ESTÓK, J. y SALAMON, K. (1999): Die illustrierte Geschichte Ungars. Magyar Könyvklub, Budapest, pp. 99-100.

¹⁹ La revolución militar paralela a las innovaciones técnicas y al desarrollo industrial marcaría pronto la superioridad de Occidente en la producción y en la guerra. Los pasos y causas han sido bien definidas por PARKER, G. (1990): La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800. Editorial Crítica, S. A., Barcelona.